

completamente contra el mandato real y habla de defenderlos con su espada, de desnaturalizarse del reino, á lo que opone el derecho que tiene á impedir que Beatriz y Manfredo le sigan. Manda D. Pedro prender á los sentenciados; Jaime amenaza matar á quien se acerque á ellos; pero éstos, haciendo inútil el alarde generoso del Conde, se pasan al lado del Rey como entregándose á su justicia, con asombro de aquel que nada comprende ni acierta á explicarse. Frenético y fuera de sí completamente, llega hasta insultar al Rey, el cual, ya sin poder contenerse le dice que está deshonrado, y al pedirle la prueba le entrega el fatal pergamino que él lee, sin querer dar crédito á sus ojos ni á su razon que tan clara se la presentan. Terrible es la impresion que el enamorado Jaime recibe con tan funesta revelacion, que sólo se comprende teniendo en cuenta la intensidad de su amor á Beatriz, la inmensa ternura que sentia por su hermano. La reaccion no se hace esperar; el amor, que se cambia en odio, que ansía la venganza, es formidable en sus arrebatos y más todavía en sus meditaciones. Despues de depositar toda la amargura que su alma siente en el sepulcro de su padre, en una invocacion solemne, obtiene del monarca la gracia de elegir el castigo; la venganza, en la que se envuelve á sí mismo, pues segun lo asegura al Rey, lo merece por traidor, ya que por el amor de aquella mujer entregó el castillo confiado á su lealtad; sólo en vengarse piensa y quiere que la venganza sea tal que le dé la seguridad de su consumacion y la certeza de ser proporcionada al

crímen. En su consecuencia, exige que le dejen en el panteon con Manfredo y Beatriz, mandando que encajen á sus goznes la puerta de bronce, cuya llave y secreto él solo posee.

Su voluntad se cumple á pesar de que el Rey quiere disuadirle, y señalando á los dos amantes que en la sombra aguardan á que se decida su suerte, dice al monarca: «Vedlos, *esperan*;» despues de lo cual sale el Rey con todos los que le acompañan, y quedan los dos reos y el juez. ¿Quién es capaz de expresar el sublime horror que se apodera del espectador ante la contemplacion de lo que sigue? ¿Cuál no será el de los dos culpables al comprender el género de castigo que les está señalado? Allí solos, *en el seno de la muerte*, en presencia uno de otro y los dos en la del que tan vilmente han ofendido, sin esperanza de volver á ver la luz del dia, sin saber cuándo la muerte, precedida de lenta y cruel agonía, vendrá á poner término á su dolor, á sus tormentos, á su vergüenza; su alma debe agitarse en terribles y supremas convulsiones, su pensamiento debe querer romper la cárcel que le aprisiona, todo su ser debe experimentar un estremecimiento semejante al frio de la nada, y luégo, cuando la seguridad de un fin próximo dé al alma el valor de la desesperacion y al cuerpo la inercia de la impotencia, en presencia de la eternidad, frente á frente de la muerte, los dos amantes deben sentir un horror invencible á sí mismos, una inmensa amargura cuya extension no es fácil concebir ni expresar.

La venganza de Jaime, venganza en la que voluntariamente se envuelve, porque de otro modo no podría apurarla, es superior á todo lo que pueda inventarse, atendidos el carácter, situacion y relaciones de los personajes y á la calidad del crimen; sólo un alma del temple de la de Jaime es capaz de concebirla, y sólo amando como él amaba á su esposa y á su hermano se puede tener energía suficiente para llevarla á cabo.

Después de despedirse de la vida exterior con sus pompas y grandezas, y de cerrada la puerta de bronce, cuya llave, única que en su mano podía franquearla, arroja al abismo, Jaime se dirige á los reos, cuya vida parece apagada, como la voz en su garganta, como la mirada en sus ojos. Va á comenzar su venganza, ésta le satisface, y animado por este pensamiento, la inspiracion arde en su mente, sus palabras resuenan solemnemente, fulminando acusaciones y rebosando amargura. Llama primero á Beatriz, á la que increpa con feroz ironía, complaciéndose en atormentarla, preguntándole por su traicion, recordándole sus amores y obligándole á devorar en silencio su terror y su vergüenza. Se dirige después á Manfredo, al que hace sentir todo el peso de su cólera y de la justicia de su venganza; le recuerda sus juegos infantiles, cuando en los brazos de su padre oían de la voz de éste interesantes leyendas y consejas; le invita á contar á la escultura yacente del autor de sus días su crimen, la deshonra de su hermano, le domina y le impone de tal suerte, que el infeliz mancebo le suplica le mate ó le permita darse la

muerte. El Conde le indica esto último y le señala la sepultura que para él mandó cavar el Rey, al lado de la del escudero Roger; allí se dirige, alumbrando Jaime su camino, rechazando el calificativo de *Cain* que su hermano le da, y despidiéndose los dos de modo tan tierno y conmovedor que forma un horrible contraste con lo pavoroso de la situacion. Entónces el vengador arroja la tea que hasta entónces ha iluminado la lobreguez del subterráneo, y quedando todo á oscuras se hiere y cae.

Beatriz, que comprende que Jaime se ha herido de muerte, se aproxima y quiere hablarle ántes de que espire, quiere tal vez su perdon, pero él la rechaza, sin querer oirla; únicamente la pregunta de una manera ansiosa si al morir irá á caer á su lado; si su llanto correrá sobre su cuerpo y no sobre el de Manfredo; su amor todavía no está extinguido, su pasion vive y los celos se despiertan al borde de la tumba; la respuesta afirmativa de Beatriz le tranquiliza, después de lo cual, espira. Es de suponer que ella no tardara en hacerlo; de otro modo, la situacion en que el autor la deja, es horrible sobre toda ponderacion, pero con el horror de lo desconocido, de lo vago, de lo impenetrable y terrorífico.

Tal es el argumento de esta obra; nos hemos extendido más de lo que en un principio pensábamos, porque, sin advertirlo, hemos sido llevados á hacer su análisis, comentando, según iban sucediéndose las situaciones y los caracteres; pocas palabras bastarán ya,

por consiguiente, para dar al lector una idea aproximada, si no exacta, de lo que es y de lo que representa.

Hemos tratado del plan, soberbiamente concebido y con gran acierto desarrollado; no hablaremos de las situaciones, altamente dramáticas, en que abunda el drama, porque hartos hemos dicho ya en la exposicion de su argumento; en cuanto á caractéres, los hay de primera nota, que constituyen una verdadera creacion, y otros que se ajustan perfectamente á la idea que de los personajes que representan tienen formada. El de Jaime está pintado con exactitud, y, sin estar recargado de color, tiene rasgos suficientes para justificar su extrema resolucion; algo de esto se desprende de las consideraciones que van más arriba, en el lugar oportuno, y por eso no insistiremos en demostrarlo. El de D. Pedro III de Aragon, en los momentos en que aparece, está bien dibujado y sostenido. Recto, digno, altivo, justiciero y noble, se muestra como quien debió ser, y no decae un instante. El de Manfredo, si no es tan perfecto, es de más mérito, por la dificultad de sostener el contraste entre el amor, el respeto, la veneracion que profesa á su hermano y la fatal pasion que le hace ingrato, traidor y desleal, entre su bravura y arrogancia y su ambicion, que le obliga á lamentarse de su fortuna y envidiar la del Conde, que le hace apto para todos los honores y digno de todas las empresas. Desde el principio hasta el fin de la accion se porta como quien es, y muere en toda la plenitud de su condicion brava, enér-

gica y altiva. El de Beatriz, ménos acabado, y no con tanto amor dibujado, aparece, no obstante, con bastantes rasgos para que no pueda ponerse en duda; y considerando que como mujer es más impresionable, y que se disputan la posesion de su alma dos afectos, avasallador el uno, tranquilo el otro, tiene vacilaciones que no permiten adivinar cuál de los dos vencerá, no siendo extraña cualquiera solucion que el autor hubiera dado á la situacion de este personaje.

Existen en el drama dos personajes que, sin manifestar su carácter más que por algunos rasgos más ó ménos frecuentes y repetidos, se muestran de tal manera, que bien merece ocuparse en ellos la atencion. Tales son Juana y Berenguel. Aquélla, movida por el deseo de venganza, contribuye poderosamente á la catástrofe final; en momentos dados es el alma de la accion, y siendo una villana de condicion servil, siente y se expresa con la elevacion de una dama de la más alta nobleza, y llega en su atrevimiento hasta amenazar á Manfredo y demandar justicia al Rey, tomando una parte más que secundaria en el curso y desenvolvimiento del drama. En cuanto á Berenguel, su carácter se manifiesta brevemente, como el de un soldado aguerrido y ducho en los ardidés de la guerra, para el que la traicion contra el enemigo es un acto meritorio, no concibiéndola contra su patria, ni comprendiendo que á ésta no se le deban sacrificar todos los intereses y todas las afecciones, cuya creencia le lleva á ponerse en frente del Conde, su señor, que ve comprometida la existencia de

los seres que más ama si aquel hombre lleva á cabo su proyecto y se ve obligado á matarle para salvarlos.

Episodios, los hay de todo género: tiernos, dramáticos y conmovedores; la despedida de Beatriz, á quien lleva Manfredo, y Jaime, al que su deber le ordena permanecer allí, donde su muerte es casi segura, es uno de los mejores, por lo bien expresados que están los sentimientos de los personajes; el de la aparición de Jaime en el segundo acto á los amantes, que le creen muerto, tiene un colorido dramático de primer orden, y tal vez en él está la síntesis de todo el drama, el punto sobre que descansa toda la acción, y del que parten y se derivan todos sus incidentes posteriores; el de la leyenda del castillo está muy en situación y bien preparado; el de la querrela entre Jaime y el Rey, por causa de Beatriz y de Manfredo, es de entonación levantada y enérgica; y, sobre todo, el episodio final, mezcla de ternura y horror, lleno de trágica dulzura, es bello y poético sobremanera y produce con el desconsuelo del triste fin del noble esposo la satisfacción del arrepentimiento de la esposa, cuya suerte, no por merecida, mueve ménos á compasión.

Nada diremos del lenguaje que el autor ha empleado en esta obra; es acomodado á la condición de cada personaje; el estilo es brillante, como el de sus mejores obras, no exento de cierto lirismo, que está empleado con gran oportunidad y produce siempre buen efecto; abundan los pensamientos grandes y elevados, las imágenes expresivas, llenas de color y de vida, y todo

cuanto contribuye á hacer de una producción una obra notable. Contra nuestra costumbre, no citamos aquí pasaje alguno, porque de determinarnos, nos dejaríamos llevar del entusiasmo y nos veríamos obligados á transcribir más de la mitad del drama.

Éste se estrenó en el teatro Español la noche del 12 de Abril de 1877, por la Compañía de D. Rafael Calvo. Describir el entusiasmo que produjo en el público sería tarea superior á nuestras fuerzas. El eminente actor tomó tan á placer su papel de Jaime, se identificó tanto con él, que el horror de las situaciones creció en proporción gigantesca, y el personaje, gracias á sus esfuerzos, resultó una sublime creación.